

Del optimismo al pesimismo Las *Disertaciones* de Lucas Alamán: una interpretación sobre la nacionalidad mexicana



IZTAPALAPA
Agua sobre las

*Benjamín Flores Hernández**

Resumen

A partir de un análisis historiográfico de las *Disertaciones sobre la historia de la República Mexicana*, del político e historiador guanajuatense Lucas Alamán (1792-1853), se describe la manera en que ese importante autor conservador entendía a la sociedad mexicana de su tiempo. Así, se detecta cómo en el lapso en que publicó dicha obra –entre 1844 y 1849– cambió muy significativamente su forma de valorar las posibilidades de esa sociedad, de un moderado optimismo a un franco pesimismo. Ello, debido a la constatación de la imposibilidad de convivir organizadamente de los mexicanos y, sobre todo, a la derrota militar frente a los Estados Unidos, que representó la pérdida de la mitad del territorio nacional.

Palabras clave: Historiografía, siglo XIX, derrota de 1847, generaciones, conservadurismo.

Abstract

From a historiographic study of the book *Disertaciones sobre la historia de la República Mexicana* by Lucas Alamán, this paper deals with the description concerning the way in which this important Mexican politician (Guanajuato, 1792-México, 1853) saw Mexican society of his time. During the years when Alamán wrote his book –between 1844 and 1849– he significantly change his way of valuing the possibilities of Mexican society and he modified his attitude from a moderate optimism to a clear pessimism. That change was due to his awareness of the impossibility of Mexican people to live in harmony and also to the results of the war against the United States, when Mexico lost half of his territory.

Key words: Historiography, 19th century, 1847's defeat, generations, conservadurism

* Profesor del Departamento de Historia de la Universidad Autónoma de Aguascalientes.
bflores@correo.uaa.mx

Alamán y la historiografía

Las *Disertaciones*

El 19 de abril de 1844, en la biblioteca del colegio mayor de Santa María de Todos los Santos, ante los socios del Ateneo Mexicano allí reunidos (Valadés, 1938: 495),¹ daba comienzo Lucas Alamán a la lectura de algunos estudios suyos sobre temas de historia nacional.

Tenía por esas fechas don Lucas, al iniciarse como historiador, cincuenta y un años y medio de edad, pues había nacido en la ciudad de Guanajuato el 18 de octubre de 1792. Para entonces, principalmente era conocido como uno de los más importantes políticos mexicanos de tendencia conservadora: amante del orden, creyente en la validez de la tradición hispánica y empeñado en la construcción de un futuro de progreso nacional, que supiera conciliar los valores heredados de la etapa virreinal con las ventajas ofrecidas por el mundo moderno.

Nacido en el seno de una adinerada familia arruinada más adelante; crecido en la más rica de las provincias novohispanas, donde le había tocado ser testigo de los desmanes insurgentes, y durante su juventud viajero estudiante por Alemania, Francia y España, para 1821 Alamán había resultado electo diputado a las Cortes

¹ Entre los tales ateneístas se encontraban personas tan distinguidas como Luis G. Cuevas, Juan N. Almonte, Juan N. Gómez de Navarrete, José María Bocanegra, Manuel de la Peña y Peña, Manuel Carpio, Juan Rodríguez de San Miguel y el primer embajador de España en México, Ángel Calderón de la Barca. Como se ve, el tono político dominante entre los socios de este Ateneo era el de un conservadurismo moderado. Sobre la figura de Alamán se ha escrito bastante a través del tiempo, principalmente para vituperarlo o exaltarlo por su carácter de figura prócer del conservadurismo mexicano; de todos modos, el mejor trabajo sobre su persona sigue siendo el de Valadés (1938). Un reciente artículo que analiza su significación como historiógrafo es el de Plasencia de la Parra (1997).

españolas. Vuelto a México después de consumada la Independencia, en 1824 se le había encomendado la cartera de Relaciones Interiores y Exteriores del llamado Supremo Poder Ejecutivo, instalado a la caída de Iturbide; ocupando este cargo, había logrado que Inglaterra reconociera al gobierno mexicano. En el curso de 1825, durante la Presidencia de Guadalupe Victoria, y de 1830 a 1832, cuando la de Anastasio Bustamante, había vuelto a desempeñar el mismo ministerio; asimismo, en 1829, al lado de Luis Quintanar y de Pedro Vélez, formó parte de un triunvirato que gobernó al país durante una semana. De manera paralela a su carrera de hombre público, había también dedicado buena parte de su entusiasmo a diferentes empresas mineras e industriales, así como a administrar los bienes del marquesado del Valle de Oaxaca, propiedad del italiano duque de Terranova y Monteleone, quien lo nombrara su apoderado en México.

Las aludidas lecciones de Alamán en el Ateneo fueron el origen de un libro en tres tomos impresos en México por José Mariano Lara, el primero de los cuales salió a la luz pública el propio 1844, el segundo al año siguiente y el último durante 1849. El título completo que se impuso a esta obra, cuyo comentario es el tema del presente estudio, fue el siguiente: *Disertaciones sobre la historia de la República Mexicana, desde la época de la conquista que los españoles hicieron á fines del siglo xv y principios del xvi de las islas y continente americano, hasta la Independencia.*² El propio autor, en el prólogo, expone así cómo fue que empezó a dar sus pláticas y las razones que lo motivaron a llevar el texto de éstas a la imprenta, luego de pulirlo, aumentarlo y corregirlo:

Dio motivo á escribir estas disertaciones el haberse acordado por el Ateneo que se hiciesen lecturas públicas, por los socios de las diversas clases en que está dividida esta apreciable corporación, sobre las materias propias de cada una de ellas, lo que me hizo proponer que en la sección á que pertenezco, uno de los asuntos que se tratasen de preferencia fuese sobre los puntos mas interesantes de la historia nacional, acerca de los cuales ofrecí hacer diez lecturas. Apenas se verificó la primera, conocí que era menester dar mayor extensión á mi plan, y escribir una obra en que se tratasen con mas detencion estas materias, imprimiéndola separadamente, pues la insercion en el periódico del Ateneo hubiera privado á este trabajo de la mayor parte del

² La edición de esta obra que utilizo aquí, procurando seguir en mis citas la ortografía peculiar de Alamán, es la segunda de Jus (Alamán, 1969). Aparte de la príncipe y esta que he consultado, conozco estas otras: la de Victoriano Agüeros (Alamán, 1898-1901), una de México, 1938, de Publicaciones Herrerías, y la primera de Jus (Alamán, 1942), hecha bajo la dirección de Carlos Pereyra. En 1985 la misma Jus reeditó los dos primeros volúmenes de sus tiradas anteriores, suprimiendo el tercero con la historia de España y la tabla cronológica.

Según avanzaba en su obra, el escritor iba afinándose como historiador. Si al principio domina en ella el estilo oratorio, a partir de la segunda disertación empieza a imponerse un tratamiento del tema cada vez más profundo y científico. En realidad, no todas las disertaciones finalmente impresas fueron leídas en público con anterioridad; y sabemos que, con el tiempo, Alamán debió variar mucho su plan original, habiendo tenido que interrumpir, además, por varios años su trabajo.

En resumen, las *Disertaciones* son una obra historiográfica que, al tener como tema central la época colonial mexicana –con especial atención en la conquista militar y el proceso de institucionalización religiosa y administrativa–, cierra su narración con la de los hechos salientes de los últimos virreyes, sin entrar a estudiar la revolución de independencia la cual constituye, para su autor, el más trascendental acontecimiento de toda nuestra historia desde la Conquista. Y es que, según él, el libro que se comenta es una mera introducción a su trabajo más importante, la *Historia de Méjico*, en el cual ha de expresar su manera de comprender el movimiento separador de España y los primeros años de vida independiente del país. Alamán mismo enuncia en la obra que se analiza que la *Historia de Méjico* ha de ser

...el complemento de las disertaciones, ó mas bien, estas son la introduccion de aquella; pues siendo el objeto de las últimas, dar á conocer el modo con que la corona de España adquirió el dominio de estas partes y como lo ejerció, la primera presentará los medios por los cuales vino á perderlo, y quedó la Nueva-España separada de aquella monarquía, dejando para tratar en las partes sucesivas de la misma historia, las diversas vicisitudes por las cuales la república mejicana ha ido pasando, hasta la época presente (Alamán, 1969: III, 12).³

Tomando como hecho central de la historia nacional la emancipación de la metrópoli hispana, Alamán divide todo el pasado mexicano, para su estudio, en dos periodos muy bien definidos: el que podría llamarse de “historia antigua”, anterior al año de 1808, tratado en las *Disertaciones*, y el de la “historia contemporánea”, analizado en la *Historia*, y el cual abarcaría todos los acontecimientos sucedidos en el país a partir de la referida fecha. De cualquier modo, y a pesar del carácter de irreversible que otorga a la Independencia, nuestro autor insiste mucho

³ *La Historia de Méjico* apareció entre 1849 y 1853, en 5 volúmenes (Alamán, 1849-1853).

en que el conocimiento de todo lo colonial resulta esencial para comprender el México en el que vive y para formular cualquier plan de acción para su futuro.

Finalmente, en el momento de dar por concluida su obra, Lucas Alamán había redactado diez disertaciones, distribuidas así en los tres tomos de ella: cuatro en el primero, cinco en el segundo y una más en el tercero. La temática de cada una es la siguiente:

- Primera.* Descubrimiento de América y primeras conquistas hechas por España en el nuevo continente (Alamán, 1969: I, 7-37).
- Segunda.* Conquista de México (Alamán, 1969: I, 38-111).
- Tercera.* Formación del gobierno de la Nueva España (Alamán, 1969: I, 112-151).
- Cuarta.* Expedición de Cortés a las Hibueras y acontecimientos previos a la instalación del virreinato novohispano (Alamán, 1969: I, 152-301).
- Quinta.* Diversas noticias personales sobre Hernán Cortés (Alamán, 1969: II, 7-53).
- Sexta.* Fundaciones y otras empresas particulares de Cortés. Noticias sobre la familia y descendencia del conquistador (Alamán, 1969: II, 54-104).
- Séptima.* Evangelización de Nueva España (Alamán, 1969: II, 106-158).
- Octava.* Historia de la ciudad de México, primera parte (Alamán, 1969: II, 159-212).
- Novena.* Historia de la ciudad de México, segunda parte (Alamán, 1969: II, 213-257).
- Décima.* Historia de España, particularmente desde el gobierno de los Reyes Católicos hasta el de Carlos IV (Alamán, 1969: III, 16-276).

Cada tomo contiene, asimismo, un importante apéndice de documentos inéditos o poco conocidos, relacionados con las materias tratadas en el mismo, así como una amplia explicación de las diferentes estampas ilustrativas del texto. De particular trascendencia es la "Tabla cronológica de los gobernadores y virreyes de la Nueva España, desde la conquista hasta la independencia, con un sumario de los sucesos principales acaecidos durante el gobierno de cada uno", insertada como apéndice al tercer volumen.

Alamán como historiador

Alamán es, posiblemente, el más importante historiador mexicano de toda la primera mitad del siglo XIX, en todo caso al lado de José María Luis Mora y

Lorenzo de Zavala. Cuando menos, es quien realiza sus obras de una manera más sistemática, con una pretensión más rigurosa, con un método más acorde con las corrientes historiográficas europeas de la época; hace gala de un mejor estilo literario y propone una interpretación más coherente de la nacionalidad mexicana.

Por lo pronto, antes de ponerse a escribir, revisó todas las fuentes, así las bibliográficas como las documentales, que encontró a su alcance. En cuanto a archivos, los que más trabajó son el del Ayuntamiento de México –donde sobre todo revisó las actas de Cabildo– y el del Hospital de Jesús, al cual tuvo acceso en su calidad de abogado de los descendientes de Cortés; asimismo, conoce con detalle los documentos publicados en la colección española de Martín Fernández de Navarrete. Fue con él con quien se incorporaron definitivamente al saber nacional buena cantidad de datos y episodios hasta entonces poco conocidos, en particular relacionados con los primeros años de la vida colonial y con la historia de la ciudad de México.

No se contentó con hacer uso personal del mayor número posible de documentos; por el contrario, se preocupó mucho porque todas las fuentes que aportaran información sobre el pasado nacional se integraran a un acervo, donde se conservaran para su consulta por los investigadores, evitando así que continuaran extraviándose. Con este propósito, hizo una sugerencia muy concreta:

los muchos documentos que se han puesto á mi disposicion por diversas personas que los poseen, y de que haré uso para dar al trabajo que he emprendido mayor extension que la que me había propuesto en su principio, correspondiendo así al aprecio que ha merecido á mis lectores, demuestran que hay materiales sobrados para escribir con buenos datos nuestra historia [...] Pero estos materiales se van perdiendo y desaparecen todos los días [...] Es menester pues buscar algún medio para que la historia nacional no siga sufriendo estas pérdidas irreparables, y para ello sería conveniente formar una sociedad de literatos con algunos fondos, para que pudiesen adquirir todos los documentos que calificasen de importantes, ó los hiciesen copiar de donde existen originales (Alamán, 1969: 3a. Disertación, I, 149-150).⁴

Y es que Alamán tiene verdadera sensibilidad de historiador, y comprende que es en los manuscritos antiguos, dispersos por muchas partes del mundo, donde han de hallarse las noticias que completen los conocimientos que por entonces

⁴ Debe recordarse que a Alamán se debe la organización del Archivo General de la Nación, así como el establecimiento del Museo de Antigüedades.

se tienen acerca de la Nueva España. Sabe que es a través de la investigación documental como han de aclararse los puntos oscuros y confusos que todavía presenta la historia mexicana. Así, afirma en el curso de la tercera disertación:

con el auxilio de los documentos que he tenido á la vista, he dado toda la precisión necesaria á un periodo no poco confuso de nuestra historia, y he fijado los acontecimientos que él abraza en sus respectivas fechas, en lo cual había habido a veces inexactitud en los escritores que se han ocupado de estas materias (Alamán, 1969: 4a. Disertación, I, 199-200).

Por otra parte, su bibliografía es amplísima, tal vez la más completa de que podía disponerse en su tiempo. Y no hace uso de ella indiscriminadamente, sino que la va analizando de una manera sistemática y con un aparato crítico muy elaborado, aduciendo los motivos que tiene para aceptar o rechazar las noticias y comentarios asentados en los diferentes libros que consulta. Dice expresamente que, en los escritores que revisa, más que interpretaciones busca datos escuetos, a partir de los cuales extrae sus propias conclusiones:

dejando aparte las opiniones sistemáticas de todos estos autores, he procurado sacar los hechos, para deducir las consecuencias que naturalmente me ha parecido dimanar de ellos, en lo que mi deseo ha sido presentar las cosas conforme á la verdad, y los efectos de ellas como resultados precisos de los acontecimientos asentados. Celebraré haber acertado (Alamán, 1969: "Autores consultados", III, 279).

Entre los muchos autores que asegura haber examinado, algunos de los que parece haber tenido más en cuenta son los grandes clásicos de nuestra historiografía: Clavijero, Bernal Díaz, Sigüenza y Góngora, el padre Cavo, Antonio de Solís y el barón de Humboldt. Para asuntos más particulares revisó también la *Historia del emperador Moctezuma*, del padre Luis de Moctezuma, y la *Grandeza mexicana*, de Bernardo de Balbuena. De entre sus contemporáneos, cita preferentemente a Bustamante y, sobre todo, al Mora de *México y sus revoluciones*.

Tiene especial aprecio por las cartas de Hernán Cortés y por fray Juan de Torquemada, a quien llama "el Tito Livio de la historia de la Nueva España", y de cuyo libro comenta que "aunque su estilo adolece de los defectos de la época y de la profesión del autor, nadie que quiera conocer la historia de Méjico, puede dispensarse de tener continuamente á la vista esta obra" (Alamán, 1969: 7a. Disertación, II, 127-128).

Según su lista de “Autores consultados”, para la historia de España que realiza en la décima disertación vio, sobre todo, las tablas cronológicas de Sabau agregadas a la historia del padre Juan de Mariana; los *Comentarios a la guerra de Sucesión*, del marqués de San Felipe; el *Viaje de España*, de Ponz; las *Leyes fundamentales de la monarquía española, según fueron antiguamente y según conviene que sean en la época actual*, de fray Magín Ferrer, y la historia de Carlos V, de William Robertson, las de Felipe II y Felipe III, de Robert Watson, la de los reyes de la casa de Borbón, de William Coxe, traducida y comentada por Andrés Muriel, y la de Carlos III, de Becatini.

Pero el autor que, sin duda, más influencia ejerció sobre Alamán, así en cuanto a datos como en lo referente a una interpretación de la historia de la Conquista y a un método en general –aparte, claro, de las tan ciertas como inconfesadas inspiraciones recibidas de Voltaire y del abate Matby– es el escritor estadounidense William Prescott, a quien siempre sigue muy de cerca, así sea para discutir con él, en todos los asuntos a que ambos hacen referencia, tanto de historia de España como de México. Don Lucas, fiel creyente en la tradición española, no puede estar absolutamente de acuerdo con todos los juicios del angloamericano que, a pesar de su sorprendente buena voluntad, no acaba de comprender entrañablemente, como cosa propia, la historia hispánica. Sin embargo, reconoce en él, además de la seriedad científica, el noble afán de entender una realidad que en muchos aspectos es tan contraria en esencia a la norteamericana. En varias ocasiones, y a pesar de su pretensión de justificar toda la acción española en México, no puede el guanajuatense –siempre honrado consigo mismo– dejar de lado los reparos de Prescott, por ejemplo, a algunos actos crueles de Hernán Cortés, tal el asesinato de Cuauhtémoc.⁵ De cualquier modo, está orgulloso de la buena amistad que lo une con el insigne historiador estadounidense, cuyos libros –así el de los Reyes Católicos– elogia con sinceridad:

El Sr. Prescott, varias veces citado, célebre literato de los Estados Unidos que me honra con su amistad y correspondencia, ha escrito en tres tomos la historia del reinado de los reyes católicos D. Fernando y Doña Isabel: obra muy estimable por el acopio y exactitud de noticias que contiene, por la profundidad y sólido juicio de las observaciones en que abunda y la imparcialidad con que trata los puntos más delicados

⁵ Debe recordarse que Alamán anotó una traducción de la *Conquista de México* de Prescott, aparecida el mismo año de 1844 en que empezaron a salir las *Disertaciones* (Prescott, 1844). Es interesante mencionar que ese propio año se publicó en México otra traducción del mismo libro de Prescott, con comentarios de José Fernando Ramírez.

concernientes á aquella época, tan llena de acontecimientos importantes, y que debe ser considerada como el principio de la historia moderna de España (Alamán, 1969: I, 337-338).

A partir, pues, de todos los libros y documentos de que pudo disponer, se lanza Alamán a escribir sus libros de historia. Para hacerlo, tiene una pretensión acorde con la moda de su tiempo, y debe reconocerse que, a pesar de su muy definida manera de interpretar la política mexicana, la cumple con bastante fidelidad. Convencido como está de la verdad de su forma de ver las cosas, cree que no deformando los hechos que comenta, incluso aquellos que parecieren contradecir sus afirmaciones, quedará reforzada la validez de sus juicios. Por ello, no le importa, de vez en cuando, dar cabida en sus páginas a la narración de determinados acontecimientos –crueldades de los conquistadores, errores de España, defectos de la evangelización– que parecen no concordar con sus convicciones.

Quiere dejar bien asentado lo que *verdaderamente* fueron la Conquista y la Colonia, lo que lo acerca a historiadores tan típicos de aquellos años centrales del siglo XIX como Leopold von Ranke, y son varias las ocasiones en que deja constancia de este deseo, poniendo en su lugar a los numerosos autores que, en su concepto, falsean la historia:

Inútil será añadir [afirma en el prólogo al primer tomo], que el principio que invariablemente me ha guiado, es presentar la verdad según resulta de los documentos históricos y que así como no ocultaré ninguno de los crímenes de la conquista, no callaré tampoco ninguna de las ventajas que ha producido. Esta será la mejor impugnación de algunos escritos que están saliendo á luz, en que se suele tratar de los tiempos de la conquista, y en los cuales, perdiendo de vista enteramente los hechos históricos, y dando vuelo á una imaginación desarreglada, se incurre frecuentemente en errores, que si son fácilmente notados por los que tienen tintura de la historia de aquel tiempo, van llenando de ideas falsas o equivocadas á los que no tienen conocimientos, de suerte que en breve, á fuerza de escribir la historia románticamente, no tendremos nada seguro, ni se podrá distinguir lo que es cierto de lo fingido, sino ocurriendo á los libros en que solo la verdad ha dirigido la pluma del escritor (Alamán, 1969: 1a. Disertación, I, 6).

Y para cumplir con su empeño de narrar los hechos tal y como verdaderamente sucedieron y entender lo que en realidad quisieron decir, para comprenderlos en su totalidad, sabe Alamán que no hay otro medio que trasladarse con la imaginación

a los tiempos pretéritos, que “ponerse en los zapatos” de los protagonistas de la historia, tratando de olvidar los prejuicios de la propia época en la que se está. Para emitir un juicio histórico adecuado, dice

...es preciso despojarnos de todas las preocupaciones que aun pueden quedar mal desarraigadas: es menester revestirnos del carácter de filósofos, que no buscan más que la verdad, y emplear con rigor y severidad la crítica que sirve para encontrarla. Es necesario trasladarnos a los siglos á que los acontecimientos se refieren, penetrarnos de las ideas que en cada uno de ellos dominaban, acostumbrarnos á sus usos y á juzgar á los hombres según el tiempo en que vivieron. No hay error mas común en la historia que el pretender calificar los sucesos de los siglos pasados, por las ideas del presente, como si fuera dado á un individuo cambiar de un golpe las opiniones, las preocupaciones y las costumbres del suyo, lo cual nunca es obra de un hombre por superior que se le suponga, sino el resultado del tiempo y el efecto de la sucesion de ideas en muchas generaciones (Alamán, 1969: 1a. Disertación, I, 9).

Lucas Alamán se dedica a la historia porque cree que su estudio habrá de servirle para comprender mejor la sociedad en la que vive, puesto que a través de ella se enterará de cuáles fueron sus orígenes y de cómo es que ha ido evolucionando hasta llegar a ser la que es. Para él, la realidad actual no es sino consecuencia de lo que se ha sido en el pasado. Resulta, pues, muy claro su propósito al redactar las *Disertaciones*:

examinar los puntos mas importantes de nuestra historia nacional, desde la época en que se estableció en estas regiones el dominio español, es decir, desde que tuvo principio la actual nacion megicana y seguir á esta en sus diversas vicisitudes, hasta el momento en que vino á constituirse en nacion independiente. Ningún estudio puede ser mas importante que el que nos conduce á conocer cual es nuestro origen, cuales los elementos que componen nuestra sociedad, de donde dimanen nuestros usos y costumbres, nuestra legislacion, nuestro actual estado religioso, civil y político: por qué medios hemos llegado al punto en que estamos y cuales las dificultades que para ello ha habido que superar. Si la historia en general es un estudio necesario para conocer á las naciones y á los individuos, y para guiarnos en lo venidero por la experiencia de lo pasado, ese estudio es todavía mas importante cuando se trata de nosotros mismos y de lo que ha sucedido en la tierra que habitamos; cuando se versa sobre nuestros intereses domésticos y sobre lo que mas inmediatamente nos toca y pertenece (Alamán, 1969: la. Disertación, I, 7).

Por eso le importa tanto la labor de institucionalización, de organización de la vida social que llevaron a cabo los españoles en los años siguientes a la conquista

armada, pues cree que en el estudio de este proceso habrá de hallar las raíces de su propia sociedad. (Véase Alamán, 1969: 3a. Disertación, I, 112.)

Por otra parte, para Lucas Alamán, el estudio de la historia puede servir también para encontrar en los hechos pretéritos ejemplos a seguir o evitar. En este sentido, para él la historia funciona además como maestra de la vida, aunque no sea éste su carácter fundamental. De cualquier modo, considerando que a cada época corresponde una peculiar forma de entender las cosas, no cae en el equívoco de suponer que, siempre, a causas similares habrán de seguirse idénticos efectos. Entiende, pues, el “magisterio” de la historia en cuanto a que ella es el lugar en el que se hace presente la experiencia acumulada por el hombre a través del tiempo, y no en cuanto a que gracias a su estudio pueda llegarse jamás a saber, sin margen de error, lo que debe suceder dadas unas ciertas premisas.

La historia, así, opera para él como enseñanza, aunque sólo de una manera relativa y condicional. Una muestra de esta forma de interpretar la cuestión se halla cuando habla de los tristes años finales de Hernán Cortés, cuando reflexiona que

Si la ambición pudiese curarse con desengaños, el que presenta Cortés en los últimos años de su vida bastaría para demostrar, que la felicidad no consiste en el brillo aparente de la gloria, ni en la realización de grandes empresas, y que aquellos á quienes el vulgo tiene por mas dichosos, suelen ser los que se encuentran mas llenos de disgustos y sinsabores (Alamán, 1969: 5a. Disertación, II, 37).

Hemos visto que para Alamán la historia es francamente útil, bien para descubrir los orígenes de la realidad que se vive, bien como pauta a seguir o evitar. Pero, aparte de cualquier beneficio que pueda adquirir mediante su cultivo, la estudia en gran medida por el solo placer que ello le produce. El mero hecho de adentrarse en las formas de vida del pasado constituye para él una magnífica diversión.⁶

Dueño de un temperamento profundamente histórico, Alamán quiere transmitirnos su íntimo regusto por la contemplación del pasado, ponernos con la imaginación ante las realidades pretéritas: así, por citar un caso, las diferentes épocas por las que ha atravesado la ciudad de México:

He creído que sería interesante para mis lectores [afirma confesando sus propias predilecciones, que quisiera compartir con nosotros] poderse trasladar con la imaginación á las diversas épocas que ofrece la historia de nuestros edificios públicos; pasearse

⁶ Así, en el prólogo al primer tomo de las *Disertaciones* (Alamán, 1969: I, 3), afirma que el de la historia ha sido “un estudio que me ha ocupado durante mucha parte de mi vida, y que en los momentos mas angustiados de ella ha sido mi única distracción”.

por la plaza de Moctezuma; pasar luego á la de los conquistadores; ver el estado de ella en los dos siglos siguientes, y descender á nuestros tiempos y á lo que hemos visto por nuestros ojos (Alamán, 1969: 8a. Disertación, II, 212).

Una evidencia de su pura emoción histórica de tradicionalista radical, de ferviente admirador de aquellos antiguos egregios hombres que crearon su nacionalidad católica e hispánica a los cuales, sintiéndose entrañablemente relacionado con ellos, llama sus mayores, es la del profundo placer que, confiesa, le invade al contemplar las rejas de la catedral, por las cuales debían atravesar, todos los días de fiesta religiosa, los primeros obispos de México:

siendo motivo de grato recuerdo el considerar que entre esa reja de una hechura que no da gran idea de la magnificencia de aquel edificio, pasaba el Sr. Zumárraga y todos sus inmediatos sucesores á la vista de nuestros mayores, en todos los actos solemnes de las festividades de la metropolitana de Méjico (Alamán, 1969: 7a. Disertación, II, 144-145).

Éste es, pues, Alamán el magnífico historiador, tan conocedor de la metodología y de las interpretaciones elaboradas en el extranjero como íntimamente interesado en las tradicionales raíces nacionales. El Alamán que, en sus *Disertaciones*, pretende dar –y efectivamente da– una visión del México virreinal que constituye, hasta nuestros días, necesario punto de partida para cualquier ulterior indagación. En este sentido es un clásico indiscutible de nuestra historiografía, en cuanto a que su obra se presenta ante nosotros como una lectura imprescindible para entender la realidad por él estudiada y recreada. Se esté o no de acuerdo con las conclusiones a las que llega, nadie que se interese por los temas de la Conquista y del México de la dependencia española puede dejar de tenerlas en cuenta. Este libro formaliza, en fin, la primera –y la mejor elaborada, la más auténtica y en estricto sentido histórica– reflexión sobre lo que aquellos tiempos quisieron decir para nuestra vida nacional posterior. Es, en resumen, una forma de entender el origen y, en consecuencia, las posibilidades de nuestro ser nacional.

Tradicionalista como es, acudió a la historia para definir de dónde viene –y, por lo tanto, qué es, qué puede, qué debe ser– el México que le tocó vivir. En sus escritos de historiografía –estas *Disertaciones* que ahora se examinan, complementadas por la *Historia de Méjico*–, su genialidad supo plasmar un concepto total y congruente de la historia mexicana, definiendo así una manera estructurada, eminentemente histórica, de comprender la sociedad de su tiempo y de querer inventar su futuro.

La nacionalidad mexicana

Nacimiento de México

ESPAÑA

Ya en el prólogo al primer volumen de su obra, Alamán confiesa que su intención al ponerse a escribir sobre el pasado mexicano es encontrar el propio origen de la nación en la que vive (Alamán, 1969: 1a. Disertación, I, 7). Y de lo primero que nos damos cuenta al emprender la lectura de las *Disertaciones* es de que, en ellas, se asienta con toda seguridad que la sociedad mexicana del tiempo en que fueron compuestas es, todavía, directa derivación de la fundada por los españoles con la Conquista. Y esto, porque su autor está convencido de que la nación en la que vive tuvo su principio al establecerse en estas regiones el dominio hispánico, el cual implantó un sistema civil, religioso y político que es, precisamente, la base del que conforma la sociedad del tiempo en que escribe.

Don Lucas se siente muy orgulloso del origen español de México y del idioma que éste nos ha procurado, pues

Esta lengua nos da derecho a llamar nuestros, todos los escritores inmortales que la han ilustrado, y nos abre una brillante carrera, pues nuestra literatura nacional vendrá á ser una parte muy importante de la española, si la juventud que de ella se ocupa con tan plausible empeño, no se dejare arrastrar por el impulso de una imaginación desarreglada, y se sujetare a seguir los principios del buen gusto, que no son otros que la imitación de la naturaleza y de los grandes modelos de los escritores clásicos (Alamán, 1969: 2a. Disertación, I, 111).

Asentado que de España se recibió el ser nacional, y que durante tres siglos se formó con ella una unidad, Lucas Alamán, en la décima disertación, pasa a dar un magnífico panorama de la historia hispana, en especial de los sucesos acaecidos en la península desde el inicio del descubrimiento y conquista de América –época de los Reyes Católicos que es, al mismo tiempo, la de integración de la monarquía española como entidad nacional– hasta principios del reinado de Fernando VII, último monarca ibérico obedecido en México.

Alamán sabe muy bien que, durante el periodo colonial “por la necesaria relación de los sucesos de Méjico con los de España, no se puede entender bien los primeros sin tener un conocimiento claro de los segundos...” (Alamán, 1969: “A

los señores suscriptores”, III, 280); y que, habiendo venido de España, era preciso dar a conocer los principios de aquellas instituciones que ahora forman parte de nuestra realidad cotidiana. Apunta don Lucas:

razón era dar á conocer el principio que todo esto tuvo, para saber también apreciar nuestro origen, y examinar el nacimiento, progresos, grandeza y decadencia de la nacion de que hemos hecho parte, para poder entender nuestra propia historia, y para aprovechar las lecciones que nos presentan tan grandes sucesos, tantos errores, y al mismo tiempo tantos ejemplos de sabiduría y tan profundos conocimientos en el arte de gobernar, á que se debió el alto grado de riqueza y prosperidad á que este país llegó (Alamán, 1969: Prólogo, III, 9).

Así, la última y más extensa de las disertaciones está en su totalidad dedicada a la historia de España, la cual es analizada con brillantez, con una síntesis que ha de resultar útil incluso para los europeos mismos, pues ve aspectos que hasta entonces casi no habían sido estudiados de una manera seria y sistemática, como por ejemplo la expulsión de los jesuitas en tiempos de Carlos III. Es indudable que Alamán ama a España, sintiéndola como una segunda patria, y que entiende muy bien su sentido de defensora a ultranza del catolicismo en contra de las nuevas ideas puestas en movimiento por la modernidad. Si bien es cierto que, en su afán de objetividad, coincide en señalar muchos de los errores que sus enemigos le han achacado, también es verdad que, siempre que encuentra ocasión de hacerlo, se complace explayándose en la narración de los acontecimientos gloriosos que le han dado lustre: tal la batalla de Lepanto.

Para estudiarla, divide en dos periodos la historia española de los tiempos que trata: el de los reyes de la familia de Austria y el de los de la casa de Borbón. A la primera de dichas dinastías le reconoce su interés por dar una buena legislación a las colonias americanas, pero le critica su falta de atención hacia los asuntos propios en aras de los conflictos europeos; a la segunda, la define como aquella que, sacando a España de la suma postración en que la habían dejado los últimos Habsburgo, supo llevarla –sobre todo con Fernando VI–, gracias a un régimen de autoritarismo, quizás algo despótico, a una etapa de prosperidad que pudo colocarla en un lugar importante dentro del conjunto de los países europeos, como no lo había ocupado desde tiempos de Carlos V.

Este último momento de apogeo –comenta– no duró mucho, toda vez que, a partir sobre todo de la invasión napoleónica que produjera la pérdida de las posesiones americanas, España se halla, cuando él escribe, en un estado de decaimiento tan profundo como aquél por el que atraviesan México y sus demás antiguas colonias.

A efecto de que pueda captarse cómo entiende nuestro estudioso la historia española, transcribo aquí una parte del resumen que hace de ella al final de la décima disertación:

la nacion tantas veces conquistada viene entónces á ser conquistadora pasa entónces la corona a una familia extranjera, y uniéndose en el mismo soberano la del imperio, España se halla envuelta en guerras que son enteramente ajenas de sus intereses: [...] en dos siglos de guerras casi continuas, España sacrifica su sangre, sus tesoros, todo el fruto de sus conquistas en el nuevo mundo, para sostener el dominio de los Países Bajos y los intereses de la rama de Austria alemana [...con los Borbones] un corto período sigue de un gobierno verdaderamente español, en que no se atienden mas que los intereses nacionales; todo florece, toma un aspecto de prosperidad regida la nacion por mejores principios; pero un nuevo error político, el pacto de familia, la precipita en guerras de que apenas comienza á recobrarse, cuando un trastorno universal la envuelve en la comun ruina, de que había podido preservarse á costa de grandes sacrificios [...]: pero de esta contienda [contra Napoleón] se origina la pérdida de sus posesiones en el continente de América, y en la historia de las revoluciones que la produjo, veremos á esta nacion señora de tan gran parte del globo, reducida a poseer en la península española menos que lo que tenía en la época de los reyes católicos... (Alamán, 1969: 10a. Disertación, III, 275-276).

LA CONQUISTA MILITAR

La Conquista, por lo pronto, afirma, es el acontecimiento más decisivo de todo el curso de la historia mexicana, pues a partir de ella fue que se creó esta nueva nación, “en la cual no queda rastro alguno de lo que antes existió: religión, lengua, costumbres, leyes, habitantes, todo es resultado [de ella]” (Alamán, 1969: 2a. Disertación, I, 103).

Sin embargo, a pesar de negar cualquier supervivencia precortesiana en el México contemporáneo suyo, no puede menos que reconocer –y lo hace con gusto– que, para la formación de nuestra nacionalidad, contó mucho el amplio mestizaje racial habido entre indios y españoles; es decir, en su opinión, entre dos de los mejores pueblos que habitaban la tierra a principios del siglo xvi. Y, lleno de orgullo, asegura lo siguiente:

Tito Livio creía que se debía a la antigüedad la licencia de usar de las ficciones de la mitología, para ennoblecer la fundacion de las naciones. La mexicana no necesita de

ficcion alguna para poder enorgullecerse de su origen. Formada por la mezcla de los conquistadores y de los conquistados, deriva su principio, en cuanto a los primeros, de una nacion que en aquella época era la primera de la Europa, cuyas armas eran respetadas por todas las demás naciones, en todo el esplendor de su literatura y de sus artes; y en cuanto a los segundos procede de unos pueblos guerreros, que supieron defender su libertad con heroísmo, y que si cayeron por efecto mas de sus propias divisiones que de una fuerza extranquera, esta caida fue honrosa y nada hubo en ella que no los llene de gloria. De este noble principio dimana el que, á diferencia de todos los demás pueblos de América, tengamos una historia nacional llena de interés, que ha sido digno asunto de los mas insignes escritores de Europa y América (Alamán, 1969: 2a. Disertación, I, 109-111).

Aunque Alamán no duda de que su México no tiene nada que ver con la cultura indígena anterior a la venida de los españoles, no deja de producirle satisfacción el hecho de que los antiguos habitantes del país hayan dejado interesantes recuerdos, hasta cierto punto comparables a los de la antigüedad clásica. Esto hace que, sin salirse del ámbito del territorio patrio, los mexicanos tengan a la mano una amplísima variedad de testimonios culturales a los cuales dedicar su atención. Y comenta pleno de gusto:

Los literatos de los Estados-Unidos tienen que buscar las materias que ocupan sus plumas en los países extranjeros; nosotros tenemos en nuestros acontecimientos domésticos ancho campo para la poesía, la historia y para el estudio de las antigüedades, llevando á ellos la luz de la filosofía y de la crítica, y para hacerlo tenemos una de las lenguas mas hermosas de todas las modernas, fruto tambien del origen de nuestra nacion (Alamán, 1969: 2a. Disertación, I, 111).

Al examinar la Conquista, trata de justificarla de todas las crueldades que le han imputado muchos de los autores que se han ocupado de ella. Sin negar la verdad de tales acusaciones, Alamán pone todo su empeño en demostrar que cualquier país que se hubiera apoderado de estas tierras habría cometido iguales o peores excesos; para él, así, fue mucha suerte que España fuera la conquistadora de México, y afirma que

...siendo inevitable como hemos visto en la primera disertacion, el que en el estado de las cosas en el siglo XVI, estos países dejasen de ser presa de alguna nacion europea, fué una gran felicidad que esta nacion fuese la española, y la historia imparcial y la crítica serena de los acontecimientos obliga á reconocerlo así (Alamán, 1969: 2a. Disertación, I, 107-108).

La violencia, por ejemplo, según él, era más bien defecto de la época que propio en especial de los pueblos ibéricos; y la crueldad –que no refuta– no sólo la ejercieron los españoles en contra de los indígenas sino que, asegura: “Si los conquistadores eran crueles con otros, no eran por lo menos mas benignos entre sí mismos” (Alamán, 1969: 4a. Disertación, I, 173).

De cualquier modo, dice, deben reconocerse con gratitud todos los beneficios que se obtuvieron con la Conquista. Por ejemplo, con mucho juicio, hace ver a quienes no acaban de estar de acuerdo con sus explicaciones: “Si volvemos ahora nuestra atención á las ventajas físicas que han resultado por la conquista, pudiéramos hacer una prueba práctica, privándonos por algunos días de las comodidades que á ella debemos.” (Alamán, 1969: 2a. Disertación, I, 108.) O sea: que fue obra de los conquistadores la incorporación a la civilización occidental.

Finalmente, para don Lucas, la Conquista, a pesar de todos los excesos que pudieron haberse cometido durante su curso, y aparte de que resulta imposible negar que con ella surgió la nación mexicana, debe ser admirada, cuando menos, como uno de los episodios más brillantes de la historia de la humanidad. Así, al estarla realizando:

Nada parecía ya imposible a los españoles: ni aun los obstáculos de la naturaleza y de los elementos eran poderosos para contenerlos [...] Estos sucesos [...] prueban que en aquella época los españoles creían que todo lo podían, y esta convicción bastaba para crear el entusiasmo que les hacía acometerlo todo (Alamán, 1969: la. Disertación, I, 15).

El contenido dramático de la increíble hazaña hispana y de la no menos magnífica defensa indígena alcanza, para el guanajuatense, caracteres que emparejan lo que entonces sucedía en territorio mexicano con los acontecimientos narrados en las epopeyas clásicas; así, verbigracia, al referirse a la lucha con los tlaxcaltecas, comenta con entusiasmo:

Toda esta guerra de Tlaxcala es la parte mas interesante y poética de la conquista [...] Los sacrificios a Comaxtla, divinidad protectora de los tlaxcaltecas y los oráculos de los sacerdotes de este ídolo, alternan con los actos mas fervorosos de piedad del culto cristiano, y los grandes caracteres de Jicotencatl y Cortés dominan y sobresalen en toda esta escena de animada acción, como Héctor y Aquiles en la Iliada son el centro de donde parten todos los sucesos (Alamán, 1969: 2a. Disertación, I, 66-67).

HERNÁN CORTÉS

Y entre todas las enormes figuras que destacan como gigantes en aquel escenario, la más grande, sin duda alguna, es para Lucas Alamán la de Hernán Cortés, cuya personalidad aprendió a admirar en toda dimensión al examinar sus *Cartas de relación* y el archivo del Hospital de Jesús, al cual tenía libre acceso en su calidad de apoderado del duque de Terranova, último descendiente del capitán de Medellín.

Para nuestro historiador, Cortés es, indiscutiblemente, el héroe de la Conquista por antonomasia, y siempre se refiera a él como a “este hombre extraordinario”, “fundador del Méjico moderno” (Alamán. 1969: 5a. Disertación, II, 48). Reconoce que tuvo grandes defectos, claro, pero comprende que fueron más propios de la época que suyos.

La conquista de México, según el autor analizado, fue obra casi personal de Cortés, que fue quien supo consumarla a pesar de las enormes dificultades que suponía tan increíble empresa. Fue él quien pudo encauzar todos los esfuerzos necesarios para llevarla a cabo a través de múltiples vicisitudes. Alamán no escatima elogios al hombre que realizó, gracias a su genialidad, una obra que parecía imposible:

En todos los acontecimientos humanos la dirección que se les da contribuye muy poderosamente a su éxito, pero en lo general se cuenta siempre con medios de ejecución adecuados al objeto. En la conquista de Méjico todo es obra de Cortés: la dirección y los medios, el plan y la ejecución, el intento y la obra (Alamán, 1969: 5a. Disertación, II, 14-16).

Y narra con emoción la forma en que llevó a cabo la empresa magna, contando con muy escasos elementos para completarla, venciendo todos los obstáculos que le salieron al paso. Dice Alamán, después de hacer un inventario del contingente con que contaba Hernán Cortés al acudir a probar fortuna en las nuevas tierras recién visitadas por Juan de Grijalva:

Tales fueron las débiles fuerzas con que Cortés acometió derribar el imperio megicano y sojuzgar toda la Nueva-España, pero si ellas eran cortas para tal empresa, a todo suplió la capacidad del capitán. Cortés tenía entonces 33 ó 34 años: en la flor de la edad, ambicioso de gloria y de riquezas, multiplicaba los recursos con su ingenio y a esto solo le debió el éxito de su empresa. En las conquistas de las demás provincias de América, los conquistadores no tuvieron que luchar con pueblos guerreros que supiesen defender su libertad, ni emplearon mas que la fuerza de las armas á que todo cedió. Cortés por el contrario, tuvo que combatir con naciones valientes acostumbradas

á la guerra y resueltas á defenderse, y para triunfar de ellas tuvo necesidad de todos los artificios de la política y de todos los recursos de la táctica, moviendo al mismo tiempo con singular destreza todos los resortes del entusiasmo y de la codicia en los que le seguían (Alamán, 1969: 2a. Disertación, I, 46).

El escritor de Guanajuato defiende a Cortés de las acusaciones de crueldad que se le han hecho, y aunque a veces –como en el caso de la muerte de Cuauhtémoc– no puede menos que aceptar que en ocasiones su obra conquistadora se ensombreció con negras manchas, alega que “¿quien en una larga y tempestuosa carrera puede gloriarse de haberla corrido sin mancilla? El héroe del siglo no carece de manchas de esta especie” (Alamán, 1969: 4a. Disertación, I, 160).

Por lo demás, siempre que tiene oportunidad, el autor de las *Disertaciones* se explaya en subrayar que, comparada con la del común de los aventureros de su tiempo, la conducta de Cortés durante la difícil labor de afianzar su conquista resulta especialmente generosa, y, refiriéndose a los acontecimientos de Cholula, sin exculparlo de la responsabilidad que en ellos le toca, quiere dejar asentado que, apenas pudo,

puso término a la matanza, y ofreciendo el perdón por lo pasado, dió libertad a dos de los caciques que tenía detenidos, y por su medio hizo volver á sus casas á los habitantes que habían huido despavoridos, y persuadiendo á los tlaxcaltecas que diesen libertad á sus prisioneros, hizo cesar la enemistad que había entre los dos pueblos (Alamán, 1969: 2a. Disertación, I, 77-78).

Pero si grande es el Hernán Cortés que Alamán encuentra en las batallas por la conquista de México, mucho más lo es el que halla en la organización de la nueva nación surgida a partir de ella, en el empeño de instituir en estas tierras todos los elementos de la civilización. Y, con inmensa admiración hacia el antes combatiente, explica cómo, al redactar un interesante arancel y reglamento de posadas, “el grande hombre que habia concebido y egecutado el prodigioso plan de la conquista de Méjico, se ocupó con diligente esmero de cuidar que los cerdos y las gallinas no molestasen á los caballos en las caballerizas...” (Alamán, 1969: 3a. Disertación, I, 134).

La labor de don Hernando al finalizar la lucha militar de sometimiento de los indígenas a la corona de Castilla fue incansable, de modo que, sólo tres años después, para octubre de 1524, al salir rumbo a las Hibueras, podía decirse que había dejado sembrados en México, cuando menos, los gérmenes de una nueva nacionalidad.

Lleno de admiración, resume Alamán cuál fue, para él, todo el plan adoptado por el insigne caudillo extremeño para consumir su acción en estas tierras mexicanas, definiéndolo como una empresa típica de la época realizada por un hombre genial:

Pudiera comprenderse en pocas palabras el sistema seguido por Cortés: hacer la conquista como cosa debida a la religion y a su soberano: emplear para ella la guerra con todos los medios que autoriza: procurar á los pueblos conquistados todos los bienes que podían disfrutar en el estado de dependencia, y con ellos y los conquistadores formar una nueva nacion con la religion, las leyes y las costumbres de los conquistadores, modificadas y acomodadas á las circunstancias locales. En la realización de este vasto plan se echan de ver las ideas del siglo en el intento; el gran capitán en la egecucion; el hombre superior á su siglo en las consecuencias de la conquista (Alamán, 1969: 5a. Disertación, II, 21).

INSTITUCIONALIZACIÓN

Al ilustre político conservador, firme en sus ideas de orden e institucionalismo, le interesa en particular el establecimiento en México de todas las instituciones españolas, con la consiguiente implantación de un cierto tipo de autoridad y administración. Y ello, porque se da cuenta de que del estudio de la forma en que dicho proceso se llevó a cabo

...depende el conocimiento de los elementos de que se formó la sociedad política de que somos parte, el principio que tuvo la propiedad urbana y rural, el orden en que se estableció el gobierno civil, y las dificultades y contrastes que hubo que superar hasta llegar á constituir una autoridad generalmente respetada y obedecida (Alamán, 1969: 3a. Disertación, I, 112).

Por ejemplo, le resulta muy interesante comprobar que, en el momento en que se llevó a cabo la Conquista, privaban en el gobierno español ideas muy liberales con respecto a la política a seguirse en las nuevas colonias, mismas ideas que, poco después, iban a ceder su lugar a las de un despotismo bastante acentuado.⁷

⁷ Así, apunta al respecto (Alamán, 1969: 7a. Disertación, II, 128): "He tenido ocasion de hacer observar en otro lugar de estas disertaciones, que las ideas del gobierno español en la época de la conquista con respecto á la América, fueron mucho más liberales que las que en lo sucesivo dominaron en el gabinete de Madrid, sea por la decadencia á que todo se fue precipitando en aquella monarquía, ó por el recelo que se tuvo de que la ilustración y demasiados progresos de las colonias, harían muy

Asimismo, le llama mucho la atención la postura adoptada por los monarcas y sus más cercanos colaboradores de hacer todo lo posible por mermar el influjo ejercido por los conquistadores en las tierras por ellos sometidas a España. Y no deja de advertir que esta actitud del alto mando hispano, al propiciar enfrentamientos entre los conquistadores y sus descendientes, y las nuevas autoridades nombradas en la península, fue una de las causas que, con el tiempo, provocaron la Independencia. (Véase, por ejemplo, Alamán, 1969: 4a. Disertación, I, 182.)

En especial se muestra maravillado por la acción desarrollada por los españoles, dirigidos siempre por Cortés, durante los primeros tres años posteriores a la Conquista, en el curso de los cuales se realizó la hazaña de consumir la hispanización de México; es decir, de implantar en las tierras recién ocupadas toda la cultura que, todavía en la época en que él escribe, domina en ellas. Tras narrar las acciones civilizadoras emprendidas en tan escaso tiempo, comenta don Lucas, con asombro y orgullo porque tan magna proeza –mayor que otras que en su tiempo se tienen por insuperables– haya sido desarrollada en su patria:

Todas estas grandes cosas, que mas tienen la apariencia de una creación que de una organización política, que supone siempre cierta pausa y lentitud de operaciones, son referidas por Cortés en sus cartas, con una sencillez que parece se habla de los asuntos mas ordinarios de un órden ya establecido [...] Suelen ser motivo de admiración los rápidos aumentos de los Estados-Unidos, cuando para ellos no ha habido mas dificultad que superar que el derribar bosques antiguos para reducir las tierras á cultivo, contando para ello con comunicaciones: lo que se hizo en nuestro país en los tres años inmediatos á la conquista excede en mucho á lo que se ha verificado en los Estados Unidos, y atendidas todas las circunstancias, apenas parece posible que la actividad del hombre pueda llegar á tanto (Alamán, 1969: 3a. Disertación, I, 148-149).

En un principio, durante el mandato de las personas dejadas por Cortés al emprender su expedición a Honduras y, sobre todo, durante el de los poco dignos miembros de la primera Audiencia, el gobierno de la Nueva España se dirigió por caminos de abusos y desmanes sin cuento. Pero a partir de que Carlos V decidió tomar cartas en el asunto, nombrando para organizar el virreinato que había decidido crear, a gentes tan beneficiosas como las que integraron la nueva Audiencia,

incierta y mal segura su dependencia de la metrópoli. A este espíritu se debió la fundación del colegio imperial de Santa Cruz, anexo al convento de Santiago Tlatelolco, destinado a la educación de los indios de familias nobles, muchos de los cuales se distinguieron en la carrera de las letras.”

la vida novohispana se encauzó por magníficos senderos. Y apunta Alamán que, con la llegada del presidente de la segunda Audiencia, Sebastián Ramírez de Fuenleal,

comienza una serie de hombres de probidad, de ilustracion, de verdadero mérito como fueron los primeros virreyes, á quienes se debió el establecimiento del gobierno en todos sus ramos, y que fieles á su soberano por honor y por conciencia, si la conciencia es cosa diversa del honor bien entendido, no creian desempeñar los deberes que la confianza del monarca les imponia, sino consagrándose enteramente á promover todos los adelantos de que era susceptible el pais que se les había encomendado. De aquí vinieron los progresos que hizo en todo la Nueva-España en pocos años, y la conducta admirable de estos funcionarios hace formar una idea muy aventajada del estado de moralidad é ilustracion que entonces tenía la alta nobleza española, pues que todos salieron de las mas ilustres casas de ella (Alamán, 1969: 4a. Disertación, I, 199).⁸

Lugar principal dentro de la organización del sistema español en el territorio conquistado confiere Alamán a la reconstrucción de la capital del imperio azteca, la cual una vez reedificada se convirtió en centro vital de la surgiente nacionalidad.

Para don Lucas, todos los elogios a la importancia y belleza de la primitiva ciudad de México de tiempo de los mexicas, expresados tanto por los propios conquistadores cuanto por buen número de historiadores modernos, resultan notoriamente exagerados. Está convencido de que, de haber sido cierta tan cacareada grandeza, cuando menos “habrían quedado fragmentos y los mismos escombros atestiguarían esta magnificencia si la hubiera habido” (Alamán, 1969: 3a. Disertación, I, 137).

De cualquier modo, la verdad es que, en la nueva urbe levantada, nada había quedado que recordase la antigua. La traza de la ciudad, en términos generales conservada todavía en tiempos de Alamán, había sido una obra admirable. Para fines del siglo XVI, México era ya una dignísima metrópoli; y de la hermosura y relevancia que alcanzó por entonces, apunta lo siguiente nuestro historiador, basándose en el testimonio de Bernardo de Balbuena en su *Grandeza mexicana*:

En efecto, nada quedó de la ciudad de México de los aztecas, y la ciudad nueva se levantó desde sus cimientos, siendo en ella todo nuevo, templos, oficinas, casas, edificios públicos y privados, religión, lenguaje, usos y costumbres. Los productos de todos los países del globo venían por los dos mares á surtir sus mercados, y unidos á los frutos de

⁸ Alamán encuentra que, al concluir su mandato el segundo virrey, don Luis de Velasco padre, estaba ya arreglada “toda la administracion política, civil y religiosa de la Nueva-España (Alamán, 1969: Tabla cronológica, III, 293).

todos los climas, que su feliz posición entre la tierra caliente y la fría le hacen gozar igualmente, hacían que en ella se disfrutasen los placeres de la vida, en medio de una profunda paz, nunca alterada por las vicisitudes y guerras de la Europa, de que no llegaban ni aun las noticias (Alamán, 1969: 9a. Disertación, II, 253-254).

Los españoles, al asentarse en México, trajeron consigo todas sus instituciones, instalándose aquí con su forma de vida tradicional. Así, no habían pasado sino cinco años completos desde la caída de México-Tenochtitlan cuando ya se celebraban en el país corridas de toros. Resulta curioso hacer notar que las dos noticias más antiguas sobre lidias taurómacas en suelo mexicano que hasta la fecha se han encontrado aparecen ya puntualmente anotadas en las *Disertaciones* de Lucas Alamán.⁹

EVANGELIZACIÓN

Indudablemente, uno de los motivos principales –si no es que el fundamental– que llevaron a los españoles a realizar la conquista del continente americano, fue propagar su religión cristiana. El recuerdo de la acción medieval europea de la lucha por rescatar los lugares santos de manos de los musulmanes, y sobre todo el de la larguísima contienda española de ocho siglos, seguida para expulsar de la península ibérica a los moros invasores, estaba muy vivo todavía en aquellos hombres que, en América, se sentían en tierra de infieles. Con mucha seguridad, Alamán asienta repetidas veces que: “La idea de que aquella guerra [la que se estaba haciendo a los indígenas americanos] era una cruzada emprendida por la causa del cielo, es la dominante en todas las circunstancias de la conquista.” (Alamán, 1969: 2a. Disertación, I, 98.)

Comenta don Lucas que, habiendo sido la cristianización de estas tierras una de las finalidades centrales de la Conquista, una vez consumada ésta fue natural que se procurara cumplir con ella. Para tal efecto, desde fechas muy tempranas y en repetidas ocasiones Cortés manifestó a los soberanos el deseo de que fueran enviados religiosos para empezar de inmediato con la instrucción cristiana y el bautizo de los indígenas.

⁹ Tales noticias son la de haberse hallado Cortés en una corrida el 24 de junio de 1526, al recibir ciertos mensajes (Alamán, 1969: 4a. Disertación, I, 183), y la de una disposición del Ayuntamiento de México, del 31 de julio de 1528, ordenando: “que las fiestas de San Juan y Santiago, é Santo Hipólito, é Nuestra Señora de Agosto, se solemnizen mucho, é que corran toros, é jueguen cañas, é que todos cabalguen, los que tuviesen bestias, so pena de diez pesos de oro, la mitad para las obras públicas é la otra mitad para quien lo denunciare” (Alamán, 1969: 4a. Disertación, I, 189).

La petición fue atendida con celeridad, de modo que no hacía mucho tiempo que había sido capturada la ciudad de México cuando llegaron al país tres frailes franciscanos, a los que pronto se agregaron otros doce. Para Alamán, estos primeros religiosos, magnífico fruto de la reforma de las órdenes emprendida en España a iniciativa de Isabel la Católica, se dedicaron a sus tareas con una absoluta entrega, plena de caridad y celo cristiano.

Los misioneros no sólo convirtieron a los indios, sino que también les enseñaron multitud de artes y de otras cosas útiles, habiendo recaído en ellos, en gran medida, la empresa de incorporar estas tierras a la que, para Alamán, constituye la única civilización posible. (Véase, por ejemplo, Alamán, 1969: 7a. Disertación, II, 132 y ss.)

De cualquier modo, para él, la evangelización de América y todo lo realizado por los misioneros para poder llevarla a cabo, como por ejemplo la agobiante tarea de ponerse a aprender las lenguas indígenas, representa, sin género de dudas, “uno de los más hermosos esfuerzos que ha hecho jamás el espíritu religioso” (Alamán, 1969: 7a. Disertación, II, 122).

Asegura don Lucas que el éxito obtenido en la tarea de cristianización, cuando menos en cuanto al cambio externo, fue total; muy pocos años después de concluida la Conquista “quedó extinguido el culto de los ídolos, y en su lugar se substituyó toda la pompa de las ceremonias católicas” (Alamán, 1969: 7a. Disertación, II, 151).

Y aunque nuestro autor reconoce que no resulta posible asegurar con la misma facilidad que la mudanza interior fuera igualmente completa, sostiene también que la cuestión no puede resolverse atendiendo sólo al estado que guarda en su tiempo la cultura religiosa de la masa del pueblo, “pues que la eficacia y esmero de los primeros misioneros, debía hacer que esta instrucción fuese en aquella época mucho mas completa” (Alamán, 1969: 7a. Disertación, II, 153).

Sincero y apasionado creyente, no puede poner en duda las excelencias de la cristianización llevada a cabo en México por tan ejemplares cristianos como los primeros misioneros. Pero, dándose cuenta de que en su época ya no bastan argumentos meramente religiosos para probar la bondad de dicha acción, se empeña mucho en tratar de demostrar que aun desde el solo punto de vista de la civilización, la implantación de la fe católica en tierras mexicanas significó un enorme adelanto con respecto a las salvajes prácticas idolátricas precortesianas. Citando a Prescott, sale al paso de quienes acusan a la fanática España de haber instituido en sus colonias un tribunal tan bárbaro como el de la Inquisición; éste –afirma–, con todo su innegable salvajismo, “en nada toca el fondo de la religión cristiana” (Alamán, 1969: 2a. Disertación, I, 106).¹⁰

¹⁰ El argumento que presenta en este lugar para demostrar a los no creyentes la ventaja de la evangelización, lo plantea de la siguiente manera: “Aun cuando en nuestros siglos de escepticismo no se quiera

INDEPENDENCIA

España, con la gesta enorme de la Conquista, había creado una nueva nación. Por mucho tiempo, ésta no fue sino una parte más del inmenso imperio hispano. Sin embargo, con el paso de los años, llegó el momento en el que, naturalmente, debió iniciar su vida propia e independiente, separándose de la metrópoli: “por el efecto natural que el transcurso de los siglos produce en todos los pueblos de la tierra, como un hijo que en la madurez de la edad sale de la casa paterna para establecer una nueva familia” (Alamán, 1969: 2a. Disertación, I, 111).

De aquella antigua unidad con España, ya irreversiblemente rota desde 1821, pero fundamentalísima para la formación del nuevo país, piensa Alamán que provienen todas las realidades de la sociedad en la que vive y actúa: “la lengua que hablamos, la religión que profesamos, todo el orden de administración civil y religiosa que por tantos años duró y aun en gran parte se conserva, nuestra legislación y todos nuestros usos y costumbres...” (Alamán, 1969: Prólogo, III, 9).

Después de la Conquista, el suceso más importante de la existencia nacional ha sido la Independencia, a cuyo estudio y al de los años posteriores a ella dedica Lucas Alamán su *Historia de Méjico*. En las *Disertaciones*, por lo tanto, no habremos de encontrar un análisis detallado de tal acontecimiento sino, cuando mucho, algunas consideraciones ocasionales sobre lo lamentable que fue que, un movimiento sin duda alguna inevitable pero quizás un tanto prematuro, se hubiera acelerado, estallando de un modo excesivamente violento.

Con la nostalgia con que se ven las cosas buenas que hubieran podido ser pero que no fueron, Alamán recuerda el proyecto del conde de Aranda de conceder una cierta independencia a las colonias americanas, estableciendo a tres infantes de la casa real española como monarcas de tres reinos que hubieran podido ser México, Costafirme y Perú, quedando el rey de España como supremos emperador de todo, “ligando entre sí estos estados independientes por relaciones

contemplar el cambio de la religión con los ojos de la fe y con un sentimiento de piedad, bastan los principios de la filosofía para calificar sus ventajas. No pueden leerse sin horror los libros rituales del P. Sahagún [...], y una religión que consagraba tales sacrificios era ciertamente un obstáculo insuperable para todo adelanto verdadero en la civilización, pues no puede haber sociedad entre gentes que se comen unas a otras. Ciertamente es que la religión cristiana vino acompañada con la inquisición, como han dicho varios escritores extranjeros, pero el Sr. Prescott, distinguiendo con mucho juicio la esencia de las cosas, del abuso que de ellas puede hacerse, reconoce en el culto idólatra de los mexicanos y en el canibalismo que lo acompañaba, el mal en la esencia misma de ese culto... mientras que la inquisición en nada toca el fondo de la religión cristiana.

tales, que se ayudasen y sostuviesen mutuamente, sacando la España mayores ventajas que las que hasta entonces había percibido de sus posesiones ultramarinas” (Alamán, 1969: 10a. Disertación, III, 255).

Y cree Alamán que los acontecimientos ulteriores han venido a demostrar que, de haberse llevado a cabo lo propuesto, las cosas habrían seguido un rumbo mucho más favorable “para todos, y muy especialmente para los pueblos de América, que hubieran obtenido su independencia sin trastornos y la hubieran disfrutado sin anarquía” (Alamán, 1969: 10a. Disertación, III, 255).

En fin: que la narración de cómo fue que sobrevino la ruptura con España es, como queda dicho, más bien tema de la *Historia de Méjico* que de las *Disertaciones*. Pero ambas obras se complementan, y el conjunto de las dos va encaminado a establecer las posibilidades que, contando con los elementos que su origen y desenvolvimiento histórico le proporcionan, vislumbra Alamán para la nacionalidad mexicana.

Del optimismo al pesimismo

En sus obras historiográficas, presenta Alamán implícitamente un modo específico de entender qué es la sociedad y cómo se estructura; para él, lo más importante de ella son las instituciones –civiles, religiosas, judiciales o legislativas–, las cuales le dan forma coherente y organizada, estructurándola ordenadamente.

En su vida pública, siempre se mostró congruente don Lucas con una tal manera de comprender y de querer a la sociedad, en correspondencia con una convicción política de orden y de institucionalismo: la llamada conservadora. En su opinión, una sociedad debe basarse en la integración de todos los órdenes de la vida –político, económico, cultural, religioso, etcétera–, regulada por una firme autoridad ordenadora, la cual, para la buena marcha de las cosas, debe ser generalmente *respetada y obedecida* por las diferentes partes de la colectividad.

Y hemos visto a lo largo de este trabajo cómo, para él, lo que habían venido a instalar los españoles en México, a través de su espléndida labor organizadora, eran justo los fundamentos de una sociedad ordenada que, mediante el gobierno de buenas autoridades, tenía todas las posibilidades de seguir por los caminos del progreso y de la civilización. España, pues, según Alamán, había implantado en la nación mexicana los principios de una auténtica constitución, la cual, asegura nuestro escritor, recordando seguramente la inglesa, “consiste no en estar escrita, sino en estar radicada en las costumbres y opiniones de todos” (Alamán, 1969: 3a. Disertación, I, 125).

La felicidad de un pueblo, así, se halla no tanto en la variación de sistemas y regímenes políticos, sino en mantenerse fiel a su propia constitución, es decir, a su peculiar manera de ser. Sin embargo, reconoce nuestro autor que en ningún caso pueden las solas instituciones, por perfectas que parezcan, procurar con su mera presencia el total bienestar de la nación. Cree él que siempre será preciso contar con autoridades que, dotadas de suficiente poder, se encarguen de mantener, incluso de la forma más dictatorial si resulta necesario, el respeto a la constitución nacional. Explica:

por desgracia todavía las instituciones políticas no han llegado, ni es probable que lleguen nunca, á un grado de perfeccion tal, que obliguen al que gobierna á obrar bien, por efecto de la limitacion de facultades que se les señalen, y todo será siempre efecto de las calidades personales de los individuos (Alamán, 1969: 4a. Disertación, I, 200).

Por ello, de lo que debe tratarse, más que de reformar el sistema político, es de encontrar los mejores hombres para que ejerzan el gobierno; providencialista a fin de cuentas, como católico que es, comenta: “La eleccion feliz de estos [los gobernantes] es un beneficio que la Providencia Divina reserva en sus altos secretos para dispensarlo á los pueblos, cuando quiere hacerlos disfrutar aquel grado de felicidad que es posible gozar sobre la tierra...” (Alamán, 1969: 4a. Disertación, I, 200-201).

Con toda su experiencia de los veinticinco años de vida anárquica que ha padecido México desde la consumación de su independencia, sostiene que la función principal del gobernante ha de ser precisamente la de mantenerse fuerte, a fin de sobreponerse a todos los intereses particularistas que pretendan dividir el país. Por eso admira a los Reyes Católicos, cuyo estudio, dice, le ha enseñado cómo España, con ellos, devino en la más poderosa nación de Europa:

todo por efecto de un gobierno vigoroso y enérgico, y todo conduce á demostrar, que para que las naciones sean felices, es preciso que la autoridad sea obedecida y acatada, y que la unidad del poder público pueda reprimir la anarquía, resultado necesario de la division, y cuyo efecto indispensable es la debilidad y la ruina (Alamán, 1969: 10a. Disertación, III, 37).

En fin: que siempre que el desorden se enseñorea de la vida social –como sucedía en el México de su tiempo–, la solución será, como en el momento de asumir los Borbones el trono español, “una mano firme y experimentada” (Alamán, 1969: 10a. Disertación, III, 159).

Orden y fuerte autoridad central, pues, y no discusiones sobre la organización del país, plenas de demagogia: tal es la salvación de México. Definitivamente no tiene en absoluta ninguna fe en los congresos, según su opinión sólo motivadores de desórdenes y ruina, pues que

...se forman por la casualidad ó las intrigas de las elecciones populares, y se componen muchas veces de hombres sin conocimientos ni experiencia, que no tratan mas que de arrancar el poder de las manos que actualmente lo ejercen para tomarlo en las suyas, con lo que nunca puede haber un sistema uniforme y seguido en el gobierno, y los nacionales son víctimas de innovaciones indiscretas, que á título de mejoras y de progresos, los precipitan en la anarquía y en el desorden y por último resultado en la miseria e inmoralidad mas completa (Alamán, 1969: 10a. Disertación, III, 119).

Por ello es por lo que Alamán es conservador y tradicionalista: porque cree en la validez de la constitución nacional no escrita, representada por todas las instituciones implantadas en el país a partir de la Conquista, y porque está convencido de que, para conservar dichas instituciones y hacer respetar la tal constitución, es requisito indispensable la instauración de un gobierno que sepa cumplir sus disposiciones.

A pesar de las dificultades que reconoce para la buena marcha de la nación mexicana, su punto de partida al iniciar las *Disertaciones* es de profundo optimismo. Está seguro de que, mediante un esfuerzo encaminado a realizar en el país las magníficas posibilidades de la vida que se hallan en germen en las instituciones traídas por los españoles, y a través de la creación de un régimen suficientemente fuerte, México podrá encontrar su propia ruta hacia el progreso. Por eso es que se ha iniciado como historiador: para hacer ver a sus compatriotas el “noble y glorioso origen” de la nación mexicana (véase Alamán, 1969: 2a. Disertación, I, 109-110), punto de arranque para cualquier acción.

Por ejemplo, él piensa que uno de los mayores méritos de la Conquista, que vino a colmar a México de estupendas posibilidades, fue haber logrado la integración “de una sola nacion de todas estas partes separadas”, de modo que “este elemento precioso de la unidad nacional vino á ser el fundamento de la grandeza á que la república podrá llegar algún día si sabe conservarla” (Alamán, 1969: 3a. Disertación, I, 122).

Es cierto que el desarrollo del país no ha sido todo lo pacífico que hubiera sido de desear, y que la lucha por la independencia alcanzó momentos de enorme barbarie; sin embargo, considera que tales excesos no han sido exclusivos de México.¹¹ Hasta 1845, pues, tiene todavía confianza Lucas Alamán en el futuro de su patria.

¹¹ Así, dice: “Lamentamos, pues, con razon que el espíritu revolucionario haya extendido hasta nosotros su azote, pero no nos figuremos que las demás naciones han estado exentas de él” (Alamán, 1969: 5a. Disertación, II, 53).

Empero, de convicciones tan preñadas de optimismo como las anteriores, del patriotismo de Alamán arrancan también algunas escépticas consideraciones, expresadas de manera señalada en el último volumen de las *Disertaciones*, publicado durante 1849. Para tales fechas, si bien nuestro historiador sigue creyendo con vehemencia en la grandeza y validez de la herencia recibida de España, se ha dado cuenta, al contemplar el trágico desenlace de la guerra contra los anglo-norteamericanos, de que ha resultado imposible no obstante la buena voluntad de tantos mexicanos intachables, conservar siquiera la integridad territorial del país. Texas ya estaba irremisiblemente perdida desde la década anterior y, para 1848, por la época que media entre la aparición del segundo y el tercer tomo del libro que analizamos, se consumó finalmente la forzada entrega de una inmensa tajada de la superficie nacional a los Estados Unidos.

El desengaño que significó la derrota mexicana frente a los yanquis lleva de la mano a Alamán hacia otra de sus ideas pesimistas con respecto a la sociedad mexicana de su tiempo: la de su decadencia. No se trata de que don Lucas haya dejado de compartir la idea de progreso general de la civilización, tan universal por entonces. Su triste convicción de la decadencia mexicana es un fruto más de la amarga experiencia del México en el que vive: ese México que acaba de ver disminuido su territorio a menos de la mitad, que se halla sumido en la más pavorosa anarquía, que ni siquiera acaba de definirse política ni administrativamente, que de ningún modo puede decirse que esté funcionando como verdadera nación; ese México que, olvidada su gloriosa tradición hispánica de catolicismo¹² y de auténtica democracia,¹³ estrangulado su libre desarrollo por la demagogia de unas ideas revolucionarias importadas indiscriminadamente, se halla sumido en un estado de postración en todos los órdenes,¹⁴ que parece ya no tener alivio.

¹² Alamán encuentra que el espíritu religioso, tan admirablemente implantado en el país por los primeros santos misioneros, ha decaído mucho, y se lamenta de ver vacías iglesias que antaño estuvieron llenas de devoto público: "Al ver en nuestros días estos lugares de desolacion, en que el corto número de concurrentes apenas basta para ocupar alguna parte de los templos, que no eran entónces bastante vastos para contener la poblacion de aquellos tiempos, el espíritu menos reflexivo se halla oprimido con los recuerdos de aquellas escenas de vida y actividad, en que la caridad cristiana se ejercía de una manera tan distinguida, sobre tan grande concurso de neófitos" (Alamán, 1969: 7a. Disertación, II, 131-132).

¹³ En relación con este tema, véanse todas sus ideas acerca del tradicional ayuntamiento y de otras instituciones medievales españolas para él de auténtico liberalismo, bien es verdad que dejadas de lado por el absolutismo implantado por Carlos V después de aplastar a los rebeldes comuneros (Alamán, 1969: 3a. Disertación, I, 125).

¹⁴ Con relación a la decadencia ocurrida en el ámbito religioso-cultural, por ejemplo, ¿qué diferencia entre la cultura religiosa de los indígenas evangelizados por los primeros gloriosos frailes franciscanos y la de los contemporáneos suyos! Dice al respecto (Alamán, 1969: 7a. Disertación, II, 153), sin mucha confianza en el catolicismo de los indios que él conoce: "Puedese dudar que [con

Para el antiguo ministro de Relaciones de Bustamante, el momento por el que atraviesa su patria cuando concluye su obra es de absoluta depresión. De algún modo, confiesa en el prólogo al último tomo, escribir o simplemente leer sobre asuntos de historia se ha convertido para él en casi su único consuelo:

De mí puedo decir [afirma], que en medio de las aflicciones de espíritu, que han sido la consecuencia de la invasión del territorio de la república, de la ocupación de la capital por las tropas norteamericanas, y de la disipación de tantos sueños de felicidad y engrandecimiento nacional, que el patriotismo había hecho concebir, y que una cruel realidad ha venido a desvanecer; no han sido pocos los ratos en que me ha hecho olvidar los males presentes, la lectura de los acontecimientos a que daban gran importancia nuestros mayores (Alamán, 1969: III, 10).

De cualquier manera, justo a través de la profundización de sus conocimientos de historia patria lograda al escribir sus libros pudo llegar a sobreponerse a tan triste estado de ánimo, confirmándose en sus antiguas ideas y planes de acción, mismos que todavía pretendió llevar a la práctica, organizando en toda forma, durante 1849, el partido conservador.

Presidente del Ayuntamiento de México el propio 1849, diputado en 1851 y senador un año después, para 1853 escribió una enérgica carta a don Antonio López de Santa Anna –traído desde su retiro colombiano a ejercer otra vez el Poder Ejecutivo–, exponiéndole la situación anárquica del país y la solución a ella propuesta por los conservadores.

Santa Anna le encargó organizar su ministerio y el 20 de abril de dicho año, al asumir oficialmente la Presidencia le confió la cartera de Relaciones Exteriores. En el mes escaso que desempeñó tal cargo, Lucas Alamán intentó de nueva cuenta hacer realidad sus anhelos de orden, de tradición y de progreso, mas el exceso de actividad le resultó fatal a sus casi 61 años de edad. Enfermo de pulmonía, falleció en su casa de la capital mexicana el 2 de junio de 1853. Su muerte significó, en buena medida, el que este último gobierno santannista no terminara de llevar a la práctica el programa del partido conservador.

la evangelización] la mudanza interior fuese tan absoluta, y que los misterios de la religión fuesen tan bien entendidos como eran seguidas con regularidad las formas exteriores, sin que pueda resolverse esta cuestión por el grado de instrucción que vemos en la actualidad en el pueblo, pues que la eficiencia y esmero de los primeros misioneros, debía hacer que esta instrucción fuese en aquella época mucho mas completa”.

Bibliografía

Alamán, Lucas

- 1844-1849 *Disertaciones sobre la historia de la República Mexicana, desde la época de la conquista que los españoles hicieron á fines del siglo xv y principios del xvi de las islas y continente americano, hasta la Independencia*, José Mariano Lara, México, 3 tt.
- 1849-1853 *Historia de Méjico, desde los primeros movimientos que prepararon su independencia en el año de 1808, hasta la época presente*, José Mariano Lara, México, 5 tt.
- 1898-1901 *Disertaciones sobre la historia de la República Mexicana*, Victoriano Agüeros (Biblioteca de autores mexicanos, 25, 28, 31 y 35), México, 4 vv.
- 1942 *Disertaciones*, biografía de Lucas Alamán por Antonio Ferrer del Río, Jus (Colección de grandes autores mexicanos, publicada bajo la dirección de Carlos Pereyra, 6, 7 y 8), México, 3 tt.
- 1969 *Disertaciones*, biografía de Lucas Alamán por Antonio Ferrer del Río, Jus (Obras de D. Lucas Alamán, Colección México Heroico, 83, 84 y 85), México, 3 tt., 2a. ed.
- 1985 *Historia de México desde los primeros movimientos que prepararon su Independencia el año 1808 hasta la época presente*, pról. de Moisés González Navarro, Instituto Cultural Helénico / Fondo de Cultura Económica (Clásicos de la historia de México), México, 5 tt.

González Navarro, Moisés

- 1952 *El pensamiento político de Lucas Alamán*, El Colegio de México, México.

Plasencia de la Parra, Enrique

- 1997 "Lucas, Alamán", en Virginia Guedea (coord.), *El surgimiento de la historiografía nacional*, v. III de Juan A. Ortega y Medina y Rosa Camelo, *Historiografía mexicana*, Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional Autónoma de México, México, pp. 307-348.

Prescott, Guillermo H.

- 1844 *Historia de la conquista de Méjico, con un bosquejo preliminar de la civilización de los antiguos mejicanos, y la vida del conquistador Hernando Cortés, escrita en inglés por...*, autor de la "Historia de Fernando e Isabel", traducida al castellano por D. José María González de la Vega, segundo fiscal del Tribunal Superior del Departamento de Méjico, y anotada por D. Lucas Alamán, Imprenta de V. G. Torres, México, 2 vv.

Valadés, José C.

- 1938 *Alamán, estadista e historiador*, Antigua Librería de Robredo, México, XII, 576 pp.